

reyes que se quieren dar á Nínive con todos los años que se atribuyen á su reinado; todas las dinastías de los egipcios, de cualquiera manera que las quieran poner en orden; y tambien toda la historia de la China, aun sin aguardar, si quieren, á que sea mas ilustrada.

No quiero S. S. embarazaros mas en el dedalo de las dificultades cronológicas, que os son muy poco necesarias; ésta sin embargo era demasiado importante para no esclarecerla en este pasaje; y despues de haberos dicho acerca de ella lo que basta para nuestro designio, volveré á tomar el hilo de la serie de nuestras épocas.

Ciro, ó el restablecimiento de los judíos.

Sesta edad del mundo.

- 218 Doscientos diez y ocho años despues de la fundacion de Roma, quinientos treinta y seis años antes de la venida de Jesucristo, despues de los setenta años de la cautividad de Babilonia, y en el mismo que *Ciro* fundó el imperio de los persas, fue cuando este príncipe fue escogido por Dios para ser el libertador de su pueblo y el restaurador de su templo, y cuando dió la mano á esta grande obra que se le confiára. Incontinenti despues de la publicacion de su edicto, *Zorobabel*, acompañado de *Jesús*, hijo de *Jose-det*, soberano pontífice, se puso al frente de los cautivos que condujo, y que reedificaron el altar y asentaron los fundamentos del segundo templo. Los samaritanos envidiosos de su gloria quisieron tomar parte en esta grande obra; y bajo pretexto de que ellos adoraban al Dios de Israel, no obstante que en su culto mezclasen el de sus falsos dioses, suplicaron á *Zorobabel* les permitiese concurrir con él á la reedificacion del templo de Dios. Pero los hijos de Judá, que detestaban el culto samaritano, desecharon su proposicion. Irritados entonces los samaritanos, pusieron cuantos obstáculos les fue dable, cuantos artificios y violencias les fue posible para

impedir se cumpliesen los deseos de los judíos. Hacia aquel tiempo Servio Tulio, despues de haber engrandecido la ciudad de Roma, concibió el designio de constituir la en república. Pe-
 221 reció ocupado con estos pensamientos, por los 533
 222 consejos de su hija, y por la órden de Tarquino 812
 el Soberbio su yerno. Este tirano invadió el reino, en el que ejerció durante un largo tiempo todo género de violencias. Por aquel entnces iba en aumento el imperio de los persas: obedeciales, ademas de las provincias inmensas del Asia mayor, todo el vasto continente del Asia inferior; los sirios y los árabes fueron subyugados; el Egipto, tan celoso de sus leyes, viose forzado á recibir las suyas. Fueron al fin conquistados por Cambises, hijo de Ciro. Este hombre
 229 brutal no sobrevivió mucho á Smerdis, herma- 525
 232 no suyo, á quien hizo matar en secreto á causa de un sueño ambiguo que tuvo. El mago 812
 Smerdis reinó por algun tiempo bajo el nombre de Smerdis, hermano de Cambises; pero su maliciosa ficcion fue bien pronto descubierta. Los
 233 siete principales señores se conjuraron contra él, 521
 y uno de ellos fue colocado en el trono. Este fue Darío, hijo de Histaspes, que se llamaba en sus inscripciones el mejor y mas bien formado de todos los hombres. Hay señales varias que hacen sospechar que este fuese el Asuero de que habla el libro de Ester, no obstante de que no convengan. Al principio de su rei-

nado se acabó el templo, á pesar de las diversas interrupciones causadas por los samaritanos. Desde entonces se engendró un odio irreconciliable entre los dos pueblos, llegando la enemistad á tal punto, que nada se reconocia por mas contrario uno á otro que Jerusalem y Samaria. Desde el tiempo de Darío es desde quando data la libertad de Roma y de Atenas y la grande gloria de la Grecia. Armodio y Aristogiton, atenienses, libertaron á su patria de Hiparco, hijo de Pisítrato, y fueron asesinados 513
 508 por sus guardias. Hippias, hermano de Hiparco, 712
 se esforzó en vano para sostenerse; fue espulsado: y la tiranía de los Pisistrátidas quedó entera- 510
 244 ramente estinguida. Libres los atenienses erigen estatuas á sus libertadores, y vuelven á establecer la democracia. Arrójase Hippias entre los brazos de Darío, á quien encuentra dispuesto á emprender la conquista de la Grecia, y á aquel no le queda ya mas esperanza que su proteccion. Por quando fue espulsado, Roma se deshizo tambien de sus tiranos, habiendo hecho odiosa la monarquía Tarquino el Soberbio por las violencias que cometió; la que acabó de destruir la lascivia de su hijo Sesto. Deshonrada Lu- 509
 245 crecia, se suicidó; y su sangre y las arengas de Bruto inflamaron á los romanos. Fueron destruidos los reyes, se estableció el imperio consular conforme á los proyectos de Servio Tulio; pero duró poco en el estado de su establecimien-

to por los celos del pueblo. Desde el primer consulado, Publio Valerio, consul célebre por las victorias que alcanzó, se hizo sospechoso á sus conciudadanos; y para calmar sus sospechas fue menester establecer la ley por la cual se permitia apelar al pueblo, contra las sentencias del senado y de los cónsules, en todas las causas en que se impusiesen penas contra un ciudadano. Espulsados los Tarquinos, encontraron defensores: los reyes vecinos miraron su destierro como una injuria hecha á la dignidad real; y

247 Porsena, rey de los crusios, pueblos de la Etruria, tomó las armas contra Roma, la que reducida al último extremo, y casi ya tomada, se salvó por el valor de Horacio Cocles. Los romanos hicieron entonces prodigios de valor en defensa de su libertad: Escévola, jóven todavía, se quemó la mano por haber desacertado el golpe que dirigió contra Porsena; Clelia, jóven doncella, admiró á este príncipe por la osadía que mostró; Porsena deja en paz á Roma, y desde este instante los Tarquinos quedaron sin esperanza y sin recursos. Hippias, á cuyo favor se declaró Darío, tenia mas fundadas esperanzas

254 cuando vió que toda la Persia se ponía en movimiento en su defensa, y que Atenas se hallaba amenazada de una gran guerra. Mientras que Darío se preparaba para esta guerra, Roma, que tambien se habia defendido de los estrangeros, faltó poco para que fuese víctima de sus

rivalidades, nacidas de haberse vuelto á perturbar los celos entre los patricios y el pueblo; porque no obstante que el poder consular habia ya sido moderado por la ley de P. Valerio, todavía parecióle excesivo á aquel pueblo demasiado celoso de su libertad. Se retiró al monte Aventino: fueron del todo inútiles las intimaciones violentas que se le hicieron, y solo cedió á las pacíficas amonestaciones de Menenio Agripa, habiendo con todo sido necesario transigir con él, concediéndole el nombramiento de tribunos para que le defendiesen contra los cónsules. La ley por la que se estableció esta nueva magistratura se la apellidó con el dictado de Sagrada, y de ella data el principio del poder tribunicio. Darío por fin rompió la guerra contra la Grecia. Su yerno Mardonio, despues de haber atravesado el Asia, creyó que con solo el número de sus soldados sería bastante para subyugar la Grecia; pero Milciades derrotó aquel inmenso ejército, con solo diez mil atenienses, en las llanuras de Maraton. Roma habia por entonces á todos sus enemigos de las cercanías, y los peligros de que entonces se hallaba amenazada nacian de ella misma. Coriolano, patricio celoso, y el mas grande de sus capitanes, espulsado de la ciudad por la faccion popular, sin respetar los servicios que habia prestado, meditó vengarse arruinando á su patria. Condujo á los volscos contra ella, la redujo al úl-

timo extremo, y hubiera sucumbido si las lágrimas de su madre no hubieran aplacado su ira. La Grecia no gozó por mucho tiempo del reposo que la batalla de Maraton le procuró, porque para vengar la afrenta de la Persia y de Darío, Xerxes, hijo y sucesor suyo, y nieto de Ciro por su madre Atosia, acometió á la Grecia con un millon y cien mil combatientes (y aun otros dicen que con un millon y setecientos mil), y esto sin contar su escuadra, compuesta de mil doscientos buques. Leonidas, rey de Esparta, que solo contaba con trescientos hombres á sus órdenes, le mató veinte mil en el paso de las Termópilas, y pereció con los suyos. Mandada la escuadra ateniense por Temístocles y siguiendo sus consejos, fue derrotada la de Xerxes en el mismo año cerca de las aguas de Salamina. Este príncipe volvió á repasar el Helesponto consternado; y un año despues su ejército de tierra, mandado por Mardonio, fue completamente derrotado cerca de Platea por Pausanias, rey de Lacedemonia, y por Aristides, el ateniense, llamado por sobrenombre el Justo. La batalla se dió por la mañana; y en la tarde del dia en que se dió aquella famosa accion, los griegos jonios, que habian sacudido el yugo de los persas, les mataron treinta mil hombres en la batalla de Mycades, mandada por Leotiquides. Este general, para alentar á sus soldados, díjoles que Mardonio aca-

baba de ser derrotado en la Grecia. Salió cierta esta noticia, ya fuese por un efecto prodigioso del veloz eco con que se esparcen nuevas tan considerables, ó mas bien por una feliz casualidad; y todos los griegos del Asia menor fueron puestos en libertad. Esta nacion conseguia por todas partes grandísimas ventajas; y un poco antes, los cartagineses, poderosos entonces, fueron derrotados en Sicilia, donde pretendian estender su dominacion solicitados por los persas. Pero á pesar de estos reveses, no cesaron de concebir nuevos designios para apoderarse de una isla que tanta comodidad les ofrecia para asegurarse el cetro de los mares que tanto ansiaba su república. Era la Grecia quien le tenia empuñado entonces; pero se hallaba ocupada exclusivamente con el Oriente y los persas. Pausanias acababa de libertar á la isla de Chipre de su yugo, cuando concibió el proyecto de esclavizar á su pais. Todos sus proyectos fueron vanos, no obstante que Xerxes le prometió su auxilio: el traidor fue vendido por la persona á quien amaba mas, y su torpe é infame amor le cortó la vida. En el mismo año Xerxes fue muerto por Artabano, su capitan de guardias, ya fuese por que este pérfido quisiese ocupar el trono de su señor, ó ya porque temiese la severidad de un príncipe cuyas órdenes vigorosas y crueles no habia ejecutado con prontitud. Artaxerxes Longimano su hijo comenzó su reinado; y recibió

á poco tiempo una carta de Temístocles, quien, 473
 281 proscripto por sus conciudadanos, le ofrecia sus
 servicios contra los griegos. Supo estimar como
 se merecia á un capitan tan afamado, y le for-
 mó un grande establecimiento, no haciendo ca-
 so de los celos de los sátrapas. Este rey mag-
 nánimo protegió al pueblo judío, y en el vigé-
 287 simo año de su edad permitió á Nehemías vol- 467
 300 viese á levantar las murallas de Jerusalem. Es- 454
 te edicto de Artaxerxes se diferencia del de Ci-
 ro, en que el permiso de éste solo hacia re-
 lacion á la reedificacion del templo, y el de
 aquel á la reedificacion de la ciudad y de las
 murallas. Desde la fecha de este edicto, pre-
 visto por Daniel, y señalado en su profecía,
 principian á contarse los cuatrocientos noventa
 años de sus semanas. Esta importante fecha
 se apoya en sólidos fundamentos. El destierro
 de Temístocles se fija, en la crónica de Euse-
 bio, en el último año de la LXXVI Olimpia-
 da, que viene á coincidir con el año doscien-
 tos ochenta de Roma. Los otros cronologistas le
 fijan un poco despues: la diferencia es peque-
 ña, y las circunstancias del tiempo estan en fa-
 vor de la data de Eusebio. Estas fechas se sa-
 can de Tucídides, historiador exactísimo: y es-
 te respetable autor, contemporáneo y conciuda-
 dano de Temístocles, supone que la carta que
 éste escribió á Artaxerxes fue á principio de su
 reinado. Cornelio Nepote, autor tan antiguo y

juicioso como elegante, no quiere que se dude
 de esta data, asegurada por la autoridad de Tu-
 cídides; reflexion tanto mas sólida, cuanto que
 otro autor mas antiguo todavía que Tucídides,
 está de acuerdo con él. Este es Caronte de Lamp-
 saco, citado por Plutarco; y el mismo Plutarco
 añade que los anales de los persas están confor-
 mes con lo que dicen aquellos dos autores. Sin
 embargo no les sigue, pero no da ninguna ra-
 zon de ello; y los historiadores que empezaron
 á escribir ocho ó nueve años despues del rei-
 nado de Artaxerxes, ni son de su tiempo ni go-
 zan de una tan grande autoridad. De donde pa-
 rece indudable que es necesario fijar el princi-
 pio hácia el fin de la LXXVI Olimpiada, que se
 acerca al año doscientos ochenta de Roma, por
 donde el vigésimo año de este príncipe debe ve-
 nir á caer hácia el fin de la LXXXI Olimpiada
 y cerca del año trescientos de Roma. Ademas,
 los que pretenden que principió mas tarde el
 reinado de Artaxerxes para conciliar la diver-
 gencia de los autores, se ven reducidos á con-
 jeturar que su padre le asoció al gobierno del
 reino cuando Temístocles escribió su carta, y
 cuéntese como se quiera, en los dos cálculos
 nuestra data queda asegurada. Sentado esto; el
 resto de la cuenta es facil de hacer, y lo que
 referimos lo hará mas ostensible. Despues del
 edicto de Artaxerxes, los judíos trabajaron en
 reedificar su ciudad con los muros, así como

Daniel lo predijo. Nehemías dirijia la obra con mucha prudencia y firmeza, no obstante la resistencia de los samaritanos, de los árabes y de los amonitas. El pueblo hizo un esfuerzo, animado por el ejemplo de Eliasib, soberano pontífice. En el entretanto los nuevos magistrados otorgados por la ley al pueblo romano suscitaron nuevas divisiones en la ciudad; y Roma, habituada á las formas monárquicas, se encontraba falta de las leyes necesarias para constituir una buena república: por lo que la reputacion que gozaba la Grecia, mas celebrada por su gobierno que por sus victorias, escitóla á arreglarse á ejemplo suyo; para lo que envió en comi-
302 sion unos diputados á que estudiasen y exami- 452
nasen las leyes de las ciudades de la Grecia, y principalmente las de Atenas, mas en conformidad con el estado de su república. Bajo
303 este modelo, diez magistrados absolutos que se 451
crearon al año siguiente, bajo el nombre de decemvros, redactaron las leyes de las Doce tablas, que son el fundamento del derecho ro-
304 mano. El pueblo romano satisfecho de la equi- 450
dad con que las redactaron, dejóles usurpar el poder supremo, del que usaron tiránicamente.
305 La lasciva pretension de Apio Claudio, uno de 449
los decemvros, y la muerte de Virginia, á quien su padre prefirió matar por su propia mano antes que abandonarla á la desordenada pasion de Apio, dieron lugar á una gran agitacion. Al

ver la sangre de esta segunda Lucrecia, el pueblo romano indignado se sublevó y fueron expulsados los decemvros. Por el mismo tiempo que éstos redactaban las leyes romanas, Esdras, doctor de la ley, y Nehemías, gobernador del pueblo de Dios, nuevamente restablecido en la Judea, reformaban los abusos, haciendo observar con escrupulosidad la ley de Moises; y constituyéndose ellos mismos los primeros y mas religiosos observadores de ella. Uno de los principales artículos de su reforma fue obligar á todo el pueblo y principalmente á los sacerdotes á que se separasen de las mugeres estrangeras, con quien se habian casado contravi- niendo á la ley. Ademas, Esdras ordenó los libros sagrados, despues de haberlos revisado exactamente, y reunió las antiguas memorias del pueblo de Dios, componiendo de ellas los dos libros del Paralipomenon, á los que añadió la historia de su tiempo, que fue acabada por Nehemías. En estos libros se termina la larga historia que Moises empezó á escribir, y que los autores que le siguieron continuaron sin interrupcion hasta el restablecimiento de Jerusalem. El resto de la historia sagrada no está escrito de una manera tan continuada. Mientras que Esdras y Nehemías hacian la última parte de esta gran obra, Herodoto, á quien los autores profanos llaman el padre de la historia, empezaba á escribir. Así es que los últimos autores de la historia sa-

grada vienen á coincidir con el primer autor de la historia griega, y que cuando esta comenzó á escribirse, la del pueblo de Dios contenia ya la de quince siglos, empezándola á contar solo desde la vocacion de Abraham. Herodoto no se curó de hablar de los judios en la historia que nos ha dejado, y los griegos tampoco necesitaban ser informados mas que de lo que tenia relacion con los pueblos que la guerra, el comercio, ó algun gran acontecimiento escitaban su curiosidad. La Judea, que apenas se levantaba entonces de su ruina, no les llamaba la atencion. En aquellos malhadados tiempos fue cuando la lengua hebrea empezó á mezclarse con la caldea, que era el dialecto de Babilonia durante el tiempo de la cautividad del pueblo judío, mas sin embargo todavía era entendida en tiempo de Esdras de la mayor parte del pueblo, asi como se echa de ver por la lectura que mandó hacer de los libros de la ley "en alta é inteligible voz y en presencia de todo el pueblo en gran número asi de hombres como de mugeres y de todos los que podrian entenderla." Desde entonces poco á poco fue dejando de ser vulgar. Durante la cautividad, y despues por el comercio que le fue necesario al pueblo tener con los caldeos, los judíos aprendieron esta lengua, de bastante afinidad con la suya, y que tenia casi el mismo genio. Por esta razon cambiaron la antigua fi-

gura de las letras hebreas, y escribieron el hebreo con las letras caldeas, mas usadas entre ellos, y mas fáciles de escribirse. Esta variacion fue facil entre dos lenguas de tanta relacion entre sí, y cuyas letras tenian el mismo valor, y no se diferenciaban mas que en la figura. Desde entonces la Escritura sagrada no se encuentra escrita entre los judíos mas que en caracteres caldeos.

He dicho que la Escritura no se encuentra entre los judíos escrita mas que en estos caracteres; pero sin embargo, en nuestros dias se ha descubierto entre los samaritanos un Pentatéuco escrito en antiguos caracteres hebreos tales como se ven en las medallas y en todos los monumentos de los siglos pasados. Este Pentatéuco en nada se diferencia del de los judíos sino es en un pasaje falsificado en favor del culto público que los samaritanos sostenian que Dios habia establecido sobre el monte Garizin cerca de Samaria, así como los judíos sostenian que era en Jerusalem. Aun se encuentran tambien algunas otras diferencias, pero de corta entidad. Es constante que los antiguos padres, y entre ellos Eusebio y san Gerónimo, han visto este antiguo Pentatéuco samaritano; y que se encuentran en el que nosotros tenemos todos los caracteres de aquel de que ellos han hablado.

Para entender perfectamente las antigüeda-